

HACIA UNA COMPRESION DE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

POR

SHLOMO BEN-AMI

Department of History University of Tel-Aviv

El general Primo de Rivera asumió el poder en España por medio de un pronunciamiento clásico, el 13 de septiembre de 1923. Suspendió la Constitución de 1876, sobre la que había descansado la Monarquía liberal durante los cincuenta años anteriores, y estableció una dictadura que duraría siete años.

El golpe de Estado fue bien visto por Alfonso XIII, que venía dando muestras de impaciencia con el régimen parlamentario, al que atribuía la obstrucción del desarrollo material del país. Pero, por su adhesión a la rebelión contra la legalidad, el monarca se colocó en una posición anticonstitucional; posición que se vería agravada por su constante ratificación de las disposiciones del dictador durante los siete años siguientes.

Los historiadores y los observadores de la época han considerado por lo general el gobierno de Primo de Rivera como la acción de un dictador paternal, como una suerte de Haroun-al-Rashid que emitiera decretos a diestra y siniestra con un sentido de la justicia propio de Robin Hood, o como fruto del talante de un andaluz simpático que estuviera empeñado en imponer a toda una nación su primitiva y simplista filosofía política. Y, en verdad, Primo de Rivera fue un improvisador, un político aficionado que creía fervientemente en su intuición y un soldado ingenuo que sostenía que con sólo el «patriotismo» se podía «reconstruir» y «regenerar» el «decadente» Estado español¹.

1. LOS INTERESES DEFENDIDOS

En un país que, con palabras de aquellos días, había producido en un siglo un centenar de pronunciamientos, un general no necesitaba seguir el ejemplo de Mussolini para afrontar lo que esperaba fuera la salvación de la patria respecto de la desintegración. Eso no significa, desde luego, que el gobierno de Primo de Rivera no mostrara cierto parecido con el de Mussolini

¹ El mejor análisis de la Dictadura es el de Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1970, págs. 564-591. (Hay traducción castellana.)

(que acababa de llegar al poder en Italia, en 1922). El propio militar español declararía expresamente, a poco de hacerse con el gobierno, que las acciones del Duce constituían una gran lección para él y los demás. Su primera salida oficial al extranjero fue a Italia, donde Alfonso XIII lo presentó como «mi Mussolini». Y en varias ocasiones él mismo proclamó que las medidas del dictador italiano iluminaban su camino. Estableció excelentes relaciones con los gobernantes italianos, de los que aceptó asesoramiento político, y cuyo régimen declaró que deseaba imitar. Frenó cualquier ataque contra Italia en la prensa española y aseguró en cierta ocasión al embajador del Duce que la prosperidad y el progreso del régimen fascista eran vitales para la supervivencia del español².

1.1 *Cataluña y la paz social*

Como en Italia, donde Mussolini encontraba su soporte más sólido entre los industriales y los terratenientes, en España fue el horror al desorden y a la anarquía lo que arrojó a la alta burguesía catalana en los brazos de Primo de Rivera; hasta el punto de que puede considerarse ese grupo social como responsable del golpe de Estado, por haber creado una atmósfera de histeria en torno al terror proletario en la región y por manifestar su disposición a apoyar un defensor de la paz y del orden, tal como ellos lo entendían. Parece que algunos de sus principales líderes tuvieron conocimiento previo del pronunciamiento. Y, cuando éste tuvo lugar, Cambó —el líder de la Lliga Regionalista—, no dudó en exclamar que aquél era el único dulce que había podido paladear en un año amargo. Puig i Cadafalc lo corroboró al afirmar que, entre un golpe ilegal y los políticos corrompidos del sistema liberal hasta entonces vigente, la Lliga, prefería el primero. Tampoco el órgano del partido —*La Veu de Catalunya*— ocultaría su satisfacción por la caída del «antiguo régimen»³.

Se ha argüido que la crítica hostil exageró el entendimiento entre Primo de Rivera y los industriales de Cataluña. Sin embargo, también se advertiría que sus primeras medidas fueron acordes por completo con los deseos de la Lliga. Así, los anarcosindicalistas fueron reducidos a la clandestinidad; se creó el Somatén (milicia civil considerada como guardián de la «paz burguesa») y fueron designados hombres fuertes como Martínez Anido y Arlegui, ambos ya conocidos como organizadores de bandas de pistoleros antianarquistas durante el período anterior, y encargados ahora del mantenimiento del orden público.

Ya en el primer momento, Primo de Rivera prometió también unos aran-

² Véanse Martínez de la Riva, *Las jornadas triunfales de un golpe de Estado*, Barcelona, 1923, págs. 30-34; Andrés Revesz, *Frente al dictador*, Madrid, s. d., pág. 18; *I Documenti Diplomatici Italiani*. Settima serie: 1923-1935, vol IV: *De Viola a Mussolini*, 13-XI-1926, n.º 486.

³ Véanse Joaquín Maurín, *Los hombres de la Dictadura*, Madrid, 1939, págs. 122, 124-126; Luis Araquistáin, *El ocaso de un régimen*, Madrid, 1930, págs. 224 y sig.; Alejandro Lerroux, *Al servicio de la República*, Madrid, 1930, pág. 264; Puig, en *La Vanguardia*, 19-IX-1923, y *El Sol*, 15-V-1930; *La Veu de Catalunya*, 18-IX-1923.

celes proteccionistas a los industriales catalanes. Respondía con ello a una de las causas por las que éstos se habían alejado del último Gobierno constitucional, que había amenazado con reducir las tarifas sobre productos importados de Bélgica, Alemania y Estados Unidos. Cuando aquéllos necesitaron aranceles más bajos (por ejemplo, sobre petróleo y algodón en rama importados de América para sus factorías), el dictador no dudó tampoco en colmar sus deseos. La euforia con que las Cámaras de Comercio e Industria de Cataluña dieron la bienvenida al dictador fue ampliamente recompensada con «paz social» y con los aranceles más altos de Europa⁴.

Y si el señuelo político de la autonomía para Cataluña no se materializó no fue por falta de disposición. Simplemente se vio que era irreconciliable con la noción de la unidad de la patria, que era inherente a la filosofía básica de un general español y a la nueva y agresiva derecha. Hubo siempre centralistas fanáticos en la derecha española, pese a que algunas de sus figuras destacadas, como el general Polavieja o los jefes conservadores Silvela y Maura, se habían sentido obligados a buscar un acuerdo que implicaba un compromiso con las aspiraciones catalanas. Primo de Rivera representa una brusca ruptura con esta tradición de acomodación al regionalismo. Llegaría a afirmar que los sentimientos regionalistas eran irreconciliables con una patria grande. Y en una reunión multitudinaria de la Unión Patriótica, en 1927, lanzó el *slogan* «España, Una, Grande e Indivisible». Su hijo añadiría el término «Libre» para convertirlo en piedra clave del fascismo español. La tenacidad del dictador en suprimir expresiones políticas, culturales e incluso simbólicas del catalanismo lo convierte en fundador de una derecha intransigente en lo que atañe a la «unidad de la patria». La Unión Patriótica (UP), que fundó en 1924, y la Unión Monárquica (UM), que en 1930 heredó sus principales características, anticiparon los inquebrantables dogmas de Falange sobre el regionalismo⁵.

La politización de las masas y la aparición de tensiones socioeconómicas como resultado de un rápido crecimiento económico y de sus crisis inherentes, las oleadas de huelgas, *lock-outs* y la violenta confrontación entre sindicatos y empresarios fueron un terreno abonado para la aparición de las condiciones aptas para el fascismo, como podían ser la desmovilización de la sociedad y la sumisión del cuerpo político, que habían caracterizado, por ejemplo, los años del *transformismo* y del *giolittismo* en Italia y el gobierno de «oligarquía y caciquismo» en España. En el caso español, estas «presiones modernizadoras»

⁴ Sobre los aranceles, Foreign Office Papers (en adelante, FO), 371/9.490, 9.493: *Howard a Lord Curzon* (sobre relaciones del cónsul británico en Barcelona), 21 y 29-IX y 31-X-1923; *The Economist*, 26-XI-1927, 23-XI-1929; sobre las Cámaras de Comercio, *La Vanguardia*, 15 y 19-IX-1923; sobre la paz social, Julio Milego, *El general Barrera (de Cataluña al 10 de agosto)*, Madrid, 1936, págs. 73-89.

⁵ Sobre la autonomía, véase *The Times*, 15-IX-1923; *La Vanguardia*, 16-IX-1923; ABC, 2-III-1930, y *La Veu de Catalunya*, 4-III-1930. Sobre las medidas contra el catalanismo, *Lliga catalana. Història d'una política. Actuacions i documents de la Lliga regionalista, 1901-1933*, Barcelona, 1933, págs. 363 y sig. y 367-369, y Martínez de la Riva, *op. cit.*, págs. 121-125. Sobre las afirmaciones de Primo de Rivera, *El Sol*, 21-III-1925, y *Unión Patriótica*, 15-IX-1927. Para conocer las actitudes de UP y UM, *ibid.*, 1 y 15-V-1930, y *Unión Monárquica*, 4-VIII-1930.

no comenzaron, pues, con la II República. Habían ido ganando terreno ya desde la primera guerra mundial. La Dictadura de Primo de Rivera, igual que la de Mussolini, podía así justificarse a sí misma acudiendo a la retórica standarizada de la necesidad de combatir «al enemigo interior», el «caos social» y «la ineficacia del régimen parlamentario», que además habría sido «responsable» de la «humillación nacional» en los campos de batalla marroquíes de 1921.

Los panegiristas del dictador no dejarían de insistir una y otra vez en que Primo de Rivera se enfrentó al liberalismo español porque el país se veía amenazado por el mismo catastrófico caos que existía en Italia inmediatamente antes de que Mussolini tomase las riendas del poder. Y, en los años treinta, la gente de Acción Española, los profetas y los animadores de las actitudes beligerantes contra la República «bolchevique», recordarían con nostalgia a Primo de Rivera como el hombre providencial que había salvado a España del «caos de la democracia» y había puesto por delante el Estado unitario como fórmula de salvación. El propio dictador declaró unos días después de tomar el poder que su «revolución» llegaba a tiempo para prevenir otra revolución de corte soviético. El fantasma bolchevique fue un respaldo adecuado para el golpe de Estado de Primo de Rivera, del mismo modo que era el decorado *ad hoc* para la Marcha sobre Roma. En ambos casos, la burguesía agraria y urbana lo acogieron como la salvación *in extremis* frente al peligro rojo⁶.

Para responder a esa atmósfera de fatiga de la democracia y miedo a la movilización política, Primo de Rivera utilizó en su ayuda elementos ideológicos del pensamiento de la derecha nacionalista y católica, así como del léxico y las formas de acción extranjeras. Romero Maura ha argüido que Primo de Rivera fracasó en la creación de un partido fascista porque la formación de un grupo tal no es posible cuando se encuentra ya en el poder un régimen autoritario cuya presencia tranquiliza los estratos de los que el fascismo toma su fuerza. Pribicevic ha avanzado, no obstante, un modelo de fascismo —*establishment fascism*— para el Este de Europa, que podría ser útil para entender los orígenes del primorriverismo. Como los regímenes del general Metaxas en Grecia, Stojadinovic en Yugoslavia, Pilsudski en Polonia,

⁶ Como intento de identificación de una situación prefascista, véase Centre for Mediterranean Studies American Universities Field Staff, *The Identification of Pre-fascist Elements in Certain Modern Societies. Summary of Seminar Proceedings* (en adelante, AUFSS), Roma, 1971, págs. 148-153. Sobre la crisis española y la lucha de clases tras la Gran Guerra, Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970, y Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain 1914-1923*, Stanford, 1974. (Hay traduc. castellana.) Los comentarios sobre el golpe de Estado de Primo de Rivera, en Revesz, *op. cit.*, pág. 60; *El Heraldo Español*, reproducido en *Unión Patriótica*, 18-II-1930; también, FO/371/9.490: E. Howard a Curzon, 21-IX-1923. Primo de Rivera salvó a España del inminente caos comunista, según Julián Cortés Cabanillas, *La Dictadura y el dictador*, Madrid, 1929, *passim*; también Enrique Díaz Retg, *España bajo el nuevo régimen*, Madrid, 1928, *passim*. El colapso total del Estado liberal es propuesto como causa de la ascensión de Primo de Rivera al poder por Martín Rumbau Lazcano, *El levantamiento militar. Sus causas y efectos*, Palma de Mallorca, 1923, págs. 29-40. Sobre el apoyo al pronunciamiento por parte de representantes de la burguesía urbana y agraria, véanse *La Veu de Catalunya*, 18-IX-1923; *La Vanguardia*, 15 y 19-IX-1923 (refiriéndose a las Cámaras de Comercio e Industria de Barcelona); *ABC* y *El Debate*, 14-IX-1923.

Horthy en Hungría y el establecido en Bulgaria tras el levantamiento de 1923, el primorriverismo comenzó como un intento de sostener los intereses de las clases poderosas por medio de la violencia y de métodos no democráticos. Tanto la burguesía rural como la urbana habían creado las condiciones ambientales precisas para el pronunciamiento, al afirmar que no podrían contender con el radicalismo social si seguían confiando en los políticos parlamentarios. El catalanista Cambó, genuino representante de la alta burguesía catalana, llegó a decir que la Dictadura había nacido en Barcelona y que era producto del ambiente barcelonés, donde la demagogia sindicalista había alcanzado una intolerable intensidad y cronicidad. Todas las maneras normales de defender la sociedad y todas las medidas convencionales del gobierno —añadía— habían fracasado en acabar con esa demagogia sindicalista.

1.2 Los intereses agrarios

Con todo, el dictador fue siempre consciente de la necesidad de dar una imagen de dinamismo revolucionario a lo que algunas veces pareció un régimen autoritario tradicional y de darle también un carácter popular y civil a lo que hubiera podido parecer una aventura puramente militar. Además, el trato favorable que dio a los socialistas a costa de los empresarios y su esfuerzo para demoler las bases del poder de la vieja burocracia monárquica no fueron precisamente el instrumento idóneo para preservar la intangibilidad de los intereses creados. Parecería incluso que lo que había comenzado como un *establishment fascism* había de verse imbuido de forma gradual en el empeño a favor del «radicalismo» y el cambio⁷. Evidentemente, la Unión Patriótica careció del elán irresistible de los auténticos partidos fascistas; pero supo rodear el régimen de Primo de Rivera con una escena ideológica y estructural que anticipaba muchos de los principios fascistas de los años treinta.

En España, país fundamentalmente agrario, una importante corriente de fascismo echaría raíces, como Ceat y Doriot esperaban que sucediera en Francia, entre terratenientes de pequeña y media envergadura. Un campesinado fuerte —afirmaría esa corriente— es la espina dorsal de la sociedad y el eterno punto focal de sus «verdaderos» valores. La Unión Patriótica, sobre cuya artificialidad ha sido todo dicho ya, contribuyó en medida importante a la cristalización del fascismo agrario español. La aparición de la Unión Patriótica como partido (aunque Primo de Rivera prefirió verla como un «antipartido» nacional —adoptando con ello un concepto mussoliniano, empleado más tarde por los fundadores de Renovación Española en España— o como una Liga de ciudadanos —idea que caracterizaba la Acción Francesa—) fue tan natural como pudiera serlo una organización política que pretendiera poseer una base social.

La Unión Patriótica comenzó en Valladolid, la capital católica de terratenientes medianos y de cerealistas de Castilla la Vieja, esto es, en el mismo

⁷ Véanse Romero Maura, en AUFS, pág. 75; Francisco Cambó, *Las Dictaduras*, Madrid, 1929, págs. 149-150; Pribicevic, en AUFS, págs. 63 y sig.

medio sociogeográfico que más tarde produjo, bajo la II República, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, que habían de integrarse luego —unas y otras— con Falange. Y fue también en ese grupo social donde la CEDA encontró su masa de apoyo. La Unión Patriótica Castellana (UPC) fue fundada como asociación de pequeños y medios agricultores antes de que el régimen se dispusiera a organizar la Unión Patriótica a escala nacional. Ya en los últimos meses de 1923, la UPC se dedicaba a organizar mítines por toda Castilla, en los que cristalizaron ideas como las de apoyar «los valores católicos», la «justicia social» y los «intereses agrarios» y conseguir «una solución digna» para la guerra colonial de Marruecos.

Cuando en 1924 la UPC se sumió en la institucionalizada UP, el Secretariado Nacional Agrario (SNA), organización castellana de pequeños agricultores, que estaba curiosamente presidida por el hermano del dictador —José Primo de Rivera—, se convirtió en consecuencia en un devoto soporte de la Unión Patriótica. En una gran asamblea, el secretario del SNA declaró expresamente que no había una sola palabra pronunciada por ellos —los hombres del Secretariado— ni un solo paso dado por la organización que contradijera los principios de la Unión Patriótica. En la misma ocasión, todos los oradores defendieron la idea de que únicamente un campesinado fuerte y resuelto podía constituir, tal como vimos antes, la espina dorsal de un régimen verdaderamente español. El órgano del propio régimen, *La Nación*, daría la bienvenida más sincera a la propaganda del SNA. Y el mismo dictador fue sonoramente aplaudido en la convención nacional del SNA cuando insistió en que la Unión Patriótica y el Secretariado Nacional Agrario participan de los dogmas básicos españoles, y cuando recordó al auditorio que altos funcionarios de la Unión Patriótica, como el conde de Casa Fuerte —presidente de la Unión Patriótica en Toledo—, eran líderes también del SNA.

El SNA se esforzó en facilitar a la Dictadura un soporte cívico en su lucha contra la «propaganda socialista» y en su pretensión de crear una «España Grande, Fuerte, Resucitada e Inmortal», como el hermano del dictador declaró. En estrecha colaboración con la Acción Católica y con la sindical agraria, apadrinada por la jerarquía eclesiástica —la Confederación Nacional Católico-Agraria—, el SNA abogó en gran escala por la articulación de una estructura corporativista en España. Rafael de Roda, el secretario de la organización, esperaba que esto domaría al «mayor de todos los enemigos», «la avalancha socialista», que era el producto «del capitalismo y el urbanismo». El Parlamento y el sufragio universal eran también un producto podrido de la urbanización y de la modernización, clamaba Francisco Fernández, representante de la Unión Patriótica, en un mitin del SNA. Por tanto —continuó—, la demanda del Secretariado Nacional Agrario en pro de un «Estado corporativo orgánico» había de ser apoyada como una «barrera contra la omnipotencia del Palamento» y como un instrumento vital en la lucha contra «las concepciones individualistas de Rousseau». Incluso la vociferante protesta contra las «teorías disolventes», tales como el liberalismo y el «individualismo decimonónico», eran adoptadas por ambos, Unión Patriótica y SNA. Rafael de Roda veía con gusto que la fuerte Dictadura de Primo de Rivera estuviera en el

ápice jerárquico del suspirado Estado corporativo. Llegó a decir que las mejores horas de la historia eran aquellas en las que las dictaduras surgen para llevar la salvación a los pueblos y canalizar su energía nacional hacia un ideal de engrandecimiento.

Desde luego, el SNA esperó y recibió recompensas concretas por su devoción. Primo de Rivera y los portavoces de la Unión Patriótica adoptaron la defensa de los intereses agrícolas y apoyaron fuertemente el nacionalismo y el antiliberalismo rural. El dictador declaró en cierta ocasión que una España no industrializada era la verdadera España: la que había logrado en el pasado una gloria imperial imperecedera. En términos más concretos, una autoridad toledana, Gregorio Ledesma, expresaba el placer del SNA por el hecho de que, siguiendo el ejemplo de la política agraria proteccionista de Mussolini —con estas palabras—, la Dictadura española había facilitado a la agricultura una asistencia estatal más efectiva y una protección que nunca había disfrutado durante los años del liberalismo económico⁸.

2. EL SISTEMA

La Dictadura legó otros ingredientes adicionales a la derecha de la II República. Para empezar, era el primer movimiento derechista después del maurismo (muchos de cuyos miembros, por otra parte, habían engrosado la Unión Patriótica) que se había decidido a ocupar la calle con grandes concentraciones y monstruosas paradas, hasta entonces desconocidas para la tradicional derecha parlamentaria, cuyo poder más bien había descansado en la apatía política de las masas y en el entramado electoral.

2.1 La Unión Patriótica

La Unión Patriótica fue construida sobre una base jerárquica, la cabeza de la cual estaba ocupada por Primo de Rivera como Jefe Nacional. Para ayudarle, funcionaba un Directorio Nacional y una Asamblea. Bajo estos cuerpos nacionales había una red de cincuenta Asambleas y Directorios Provinciales y cientos de células locales repartidos por todo el país (a semejanza de lo que

⁸ Sobre la UPC, véanse J. Pemartín, *Los valores históricos de la Dictadura española*, Madrid, 1928, págs. 626-633, y las palabras del dictador en *La Nación*, 17-X-1925. Las referencias de las últimas frases, en *España Agraria* (el órgano del SNA), enero-abril 1929; *Estampa*, 9-IV-1929. Sobre los sentimientos agraristas de Mussolini, E. Notle, *Three Faces of Fascism*, Londres, 1965, págs. 224 y sig., y D. M. Smith, *The Theory and Practice of Fascism*, en N. Greene, *Fascism: An Anthology*, Nueva York, 1968, págs. 90 y sig. Un alto grado de protección para los cereales y el olivo y un completo abandono del campesinado sin tierras fueron pilares centrales de la política económica de Primo de Rivera: véase Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men of Modern Spain 1808-1946*, Londres, 1946, págs. 193-196. Sin embargo, el proteccionismo no fue una imitación de Mussolini, sino una creación propia. Fuerte protección para los cerealistas y antiurbanismo enfático habían de ser aspectos principales del mensaje de Onésimo Redondo en las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica: véase *Libertad*, abril-octubre 1931.

luego ocurriría con la Falange), para controlar y organizar las demostraciones públicas en las ocasiones precisas. Y además de esta maquinaria nacional existía un gran número de Juntas Cívicas, establecidas bajo los auspicios de las células locales de la Unión Patriótica, para promover actividades educativas, levantar los niveles de moralidad y ciudadanía y colaborar con el Somatén, una vez generalizado éste por toda la península desde Cataluña.

El dictador cuidó con mucho tacto la máquina de su partido, que, como solía decir, le ayudaría a revitalizar las gloriosas tradiciones del pasado de España, igual que Italia había sido revitalizada bajo Mussolini⁹.

Esa maquinaria de la Unión Patriótica no fue de ningún modo letárgica. Aunque incluso sus enemigos reconocieron que la espontaneidad no estuvo siempre ausente de los mítines de la Unión Patriótica, la verdad es que presenta un buen ejemplo de cómo los regímenes fascistas intentaban desmovilizar las masas por medio de una falsa movilización. No pasaba ningún día sin que organizara mítines y reuniones propagandísticas para mujeres y jóvenes o enormes convenciones dedicadas a rendir homenaje a figuras sobresalientes. El aniversario de la Dictadura fue siempre ocasión para enviar cientos de propagandistas a proclamar la gloria del régimen y su mensaje «regeneracionista», mientras docenas de trenes transportaban gratuitamente miles de ciudadanos a las ceremonias y paradas populares de la capital. En algunas ocasiones, en particular después de los diversos intentos de levantamiento que llevaron a cabo los enemigos del régimen, la Unión Patriótica organizó encuestas de adhesión al dictador, en las que reunían millones de firmas (reales o falsas), y paradas multitudinarias ante el despacho de Primo de Rivera en el Palacio de Buenavista, que se convirtió así en el centro de la liturgia upetista, como el Palacio Venezia de Mussolini para los fascistas italianos.

Setenta periódicos oficiales de la Unión Patriótica tuvieron buen cuidado de proveer a las provincias de información sobre la actividad del partido, que incluyó la apertura de centros obreros y la distribución gratuita de alimentos y ropa entre la gente necesitada. El Auxilio Social de la Falange, fundado en los años treinta, bajo la dirección de la hija del dictador —Pilar Primo de Rivera—, aprovecharía ciertamente el empeño de la Unión Patriótica para justificar con los hechos su demagogia social¹⁰.

En realidad, Primo de Rivera no fue exactamente un demagogo social. Llamando en su ayuda la tradición social católica, anticipó la integración de

⁹ Sobre la estructura de la UP, véase *Unión Patriótica*, 1-I-1930; sobre las Juntas Cívicas, *La Vanguardia*, 17-II-1929, y *Unión Patriótica*, 15-VII-1927 y 15-VIII-1928. Sobre el Somatén, J. M. March, *El Somatén. Su origen y su naturaleza*, Barcelona, 1923, y *Somatén. Boletín Oficial*, febrero 1930. El embajador británico parecía haber empleado fuentes oficiales cuando afirmaba que el Somatén tenía 250.000 miembros al mediar 1924, y la UP, dos millones; véase FO/371/10.593: *De Rumbold a Macdonald*, 14-VIII-1924. La última referencia es de Revesz, *op. cit.*, págs. 93-98.

¹⁰ Sobre la extensión de las actividades de la UP, véanse la información que recoge *Unión Patriótica*, 1926-1929; también J. M. Pemán, *El hecho y la idea de la Unión Patriótica*, Madrid, 1929, *passim*; Cortés-Cabanillas, *op. cit.*, *passim*; Díaz-Retg, *op. cit.*, *passim*; *Estampa*, 16 y 30-IV y 7-V-1929; *La Vanguardia*, 2, 3, 15-I, 1 y 28-II, 19-III, 18-IV-1929. En FO/371/11.936: Gurney escribe a Asten Chamberlain, el 14-VII-1926, que las reuniones de la UP le recuerdan las concentraciones fascistas. Sobre Auxilio Social, véase *La Vanguardia*, 19-I-1929, y *Unión Patriótica*, 15-V-1929.

nacionalismo y socialismo que llevaría a cabo la Falange, y además se embarcó en una política enfáticamente pro obrera, que acabaría por alejar del régimen a los empresarios y a los defensores de intereses creados. El dictador estuvo claramente preocupado por el bienestar de la clase trabajadora, y tenía la esperanza de conseguir un equilibrio social justo por medio de lo que denominaba una armónica asociación entre capital y trabajo. Esa armonía —el lema de las corporaciones de Mussolini— había de ser el empeño declarado de los Comités Partitarios.

Formaron estos últimos una estructura corporativista, que levantó el ministro de Trabajo de Primo de Rivera, Eduardo Aunós, al regresar de un viaje de estudio a Italia en 1926. Consistía en un conjunto de comités mixtos, de obreros y empresarios, que se articulaban sobre bases jerárquicas, desde los niveles locales y profesionales a los provinciales y nacionales. Al contrario que el sistema italiano, no obstante, el modelo de Aunós fue construido sobre la voluntad y no sobre la obligatoriedad de la participación. Y además, sus veredictos fueron por lo general favorables a los trabajadores, mientras en el sistema italiano fue la Confindustria —la asociación de empresarios— la que más se aprovechó de lo que en realidad significaba una domesticación de los sindicatos obreros.

Más que seguir el ejemplo italiano, el dictador español estaba anticipando la incansable atención de Perón a los trabajadores urbanos, que él esperaba convertir en una sólida fuente de poder. Sin embargo, a sus inmediatos sucesores españoles Primo de Rivera les legó un entramado laboral del que serían una adaptación coercitiva y resuelta tanto el nacionalsindicalismo de José Antonio como los sindicatos verticales de Franco (estos últimos, elaborados también con ayuda de Aunós)¹¹.

2.2 *Accidentalismo y nacionalismo*

Por otra parte, la Unión Patriótica constituyó también una abrupta ruptura con la derecha parlamentaria —la derecha «civilizada»— no sólo en cuestiones de estilo, sino también en sus planteamientos y en su ideología. Fue una conspicua novedad el hecho de que invitara a entrar en sus filas a todos aquellos que respetasen la figura del Jefe del Estado, aunque no fueran necesariamente monárquicos. Como en el programa de Calvo Sotelo en los años treinta y como en el franquismo, la Monarquía quedaba relegada a una posición secundaria. Una versión española del *Fuhrerprinzip* y el dogma «Es-

¹¹ Sobre el pensamiento social de Primo de Rivera, véase *El Socialista*, 28-IX-1923 y 27-VI-1928; E. Aunós, *La política social de la Dictadura*, Madrid, 1944, págs. 31-34; *Unión Patriótica*, 15-I y 1-VII-1928; Revesz, *op. cit.*, págs. 104-110. Sobre los Comités Partitarios, Aunós, *La reforma corporativa del Estado*, Madrid, 1935, págs. 129-139. Para hacer una comparación con el sistema italiano, véase G. Bottai, *Esperienza Corporativa*, Roma, 1929, págs. 419-430, y A. Lyttleton, *The Seizure of Power. Fascism in Italia 1919-1929*, Londres, 1973, págs. 322-333. Sobre el resentimiento de los empresarios respecto a los Comités, *Industria*, diciembre de 1926; *Boletín de la UGT*, marzo de 1929; *España Comercial*, julio de 1928.

paña por encima de todo» llegaron a ser, de acuerdo con Pemán —jefe provincial de la Unión Patriótica en Cádiz— valores superiores. El propio dictador marginaba la monarquía cuando especificaba que el espíritu religioso, la unidad nacional, la estructura familiar y un profundo respeto por la autoridad eran los dogmas más vitales, sin los que la sociedad española no podía sobrevivir. En absoluto fue la Unión Patriótica un partido monárquico tradicional. Más bien era —otra vez en palabras del dictador— un movimiento nacional que expresaba una fe profunda en el destino de España y en el valor y la grandeza de la raza ibérica¹².

La Unión Patriótica adelantó las exaltadas denuncias de la Falange contra las concepciones filosóficas del liberalismo y la democracia. Y fue el primer movimiento derechista que capitalizó de modo sustancial en España el mito de la amenaza comunista. Afirmaciones como la de la existencia de una ola de positivismo, utilitarismo y materialismo o, en otras palabras, la «concepción judaica de la vida», todas las cuales —se añadía explícitamente— pisoteaban el amor a la nación y a la madre patria, fueron formuladas una y otra vez por los propagandistas de la Unión Patriótica.

La victoria del fascismo en Italia, conforme a Manuel Banzo —jefe provincial de Huesca—, fue un gran logro en la lucha contra las filosofías destructoras del siglo XIX. En España, argüía Pemán, sólo la Unión Patriótica podía constituir el «constructivo bloque nacional» que decidiría el resultado de la confrontación entre los derechos subjetivos e individuales y los soviets de un lado y la madre patria de otro, en favor de la segunda. La Unión Patriótica, insistía el dictador, había construido una muralla contra «el anarquismo y el comunismo tiránico». De acuerdo a la lógica de la Dictadura, el bolchevismo era un producto directo de la democracia y del parlamentarismo, el colapso del cual había preparado el camino para que las pasiones extremistas de algunos grupos —se decía— minasen los fundamentos de la sociedad cristiana. La conclusión dialéctica, dijo en una ocasión el propagandista de la Unión Patriótica, Vicente Gay, había de suprimir para siempre el sufragio universal y el parlamentarismo.

Primo de Rivera, que hablaba ocasionalmente de la necesidad de retornar a la normalidad constitucional, fue en la práctica el mejor portavoz del totalitarismo. «El ejemplo italiano —dijo a mediados de 1928— ha probado la inadecuación de los partidos políticos» para cubrir las exigencias de la sociedad moderna. Y en España —continuaba— había llegado la hora de establecer «la verdadera libertad», que expresaría la hegemonía de «los valores colectivos», en vez de la tiranía del individuo¹³. Así, Primo de Rivera puso las bases de la propaganda nacionalista e introdujo en las premisas de la derecha española unos elementos verbales e ideológicos a los que su hijo José Antonio,

¹² Véanse Primo de Rivera, en Revesz, *op. cit.*, págs. 89-98; *Unión Patriótica*, 15-I-1927, 1-I-1928, 15-IX-1929, y *L'Illustration* (París), 28-VII-1928. Sobre Pemán, *op. cit.*, pág. 115, y *Unión Patriótica*, 11-XI-1929.

¹³ Véase *Unión Patriótica*, 1-X, 1-XI-1926, 15-I, 15-IX-1927, 15-V, 1-VII-1928, 15-XI-1929. Véase también *Asociación Anticomunista Internacional* (*Secretariado Español de la «Entente Internationale contre la III Internationale»*), abril-diciembre 1929, enero 1930.

el fundador de la Falange, daría luego una sofisticación intelectual hasta convertirlos en piedra clave del fascismo español.

Es desde luego cierto que una gran parte de la ideología de la Dictadura podía verse fundada en el pensamiento tradicional español y en el antidemocratismo católico. Además, concepciones reaccionarias y nostálgicas de la religión, de la estructura social y de la nación también pudieron ser tomadas por el régimen tanto de los fascistas europeos como de la reserva ideológica de la derecha tradicional¹⁴. Sin embargo, la diferencia crucial entre la Dictadura española y el conservatismo tradicional estribó en que la primera estuvo imbuida en un temor apocalíptico a que sus reaccionarios valores fueran minados por nuevas y agresivas fuerzas sociales y políticas que la derecha tradicional o no supo ver o fue incapaz de frenar. Por eso la Dictadura, como los fascismos europeos, sustituyó la nostalgia letárgica por la conciencia enfática de la necesidad de manipular la sociedad de masas y de sostener los principios del «propio sacrificio» y la metáfora del ciudadano como soldado en lucha permanente. «La indiferencia es el pecado capital», exclamaba el upetista Carlos Wilf en una clara alusión a la «derecha delicada», que había llevado a la madre patria al colapso bajo el peso de «la avalancha anarquista»¹⁵.

La unidad de España, un país donde los sentimientos separatistas y autonomistas habían sido siempre fuertes, ha de ser considerada como el dogma principal del fascismo español. La derecha parlamentaria dinástica nunca había visto bien el regionalismo; pero sus más notables figuras, estadistas como Silvela, Maura o Romanones, se habían esforzado en acomodar las aspiraciones autonomistas de Cataluña. En cambio, la propaganda de la Dictadura constituyó una brusca ruptura con aquella tradición de acomodación al regionalismo. «Los sentimientos regionalistas son incompatibles con una madre patria grande», exclamó el dictador —que persiguió ásperamente las menores expresiones del catalanismo— ante una gran asamblea de la Unión Patriótica, donde también lanzó el *slogan* «España, Una Grande e Indivisible».

Todo esto había de ser heredado y absorbido por el Bloque Nacional de Calvo Sotelo y por la Falange casi íntegramente, contribuyendo así a la galvanización de los políticos de derecha ante el problema de la irreconciliabilidad, en la II República¹⁶.

En busca siempre de «la grandeza de España», la máquina propagandista de la Dictadura encontró motivos también en la guerra de Marruecos y en un estático hispanoamericanismo racial y espiritual. La victoria de España en 1925 sobre los rebeldes del Riff, conforme a una tirada especial del órgano periódico de la Unión Patriótica, fue una demostración de la capacidad de España para repeler cualquier ataque de cualquier poder. No sorprende por eso que el eufórico dictador reclamara entonces para su país un lugar en el

¹⁴ H. Seton-Watson, *Fascism. Right and Left*, en «Journal of Contemporary History», I, n.º 1 (1966), pág. 185.

¹⁵ Véase *Unión Patriótica*, 15-V, 15-VI, 15-VII-1928, 15-V, 15-IX, 1-X, 15-XI, 15-XII-1929.

¹⁶ Sobre el antirregionalismo del dictador, véanse *El Sol*, 21-III-1925; *Unión Patriótica*, 15-IX-1927, y *Lliga...*, op. cit., págs. 363-369.

Consejo de Seguridad de la Liga de las Naciones, el gran *forum* de las potencias.

Y el arriesgado vuelo de los dos pilotos españoles que, en 1926, cruzaron el Atlántico camino de Sudamérica fue desde luego saludado también por el portavoz de la Unión Patriótica como una demostración indiscutible de la «vitalidad ibérica». De hecho, alguien dijo que la Dictadura estaba reviviendo en España la tradición imperial; porque el vuelo había sido una repetición providencialmente tentadora del descubrimiento de América bajo los Reyes Católicos¹⁷.

En rigor, y aunque es obvio que se aprovechó del patronazgo dictatorial, la Unión Patriótica no fue después de todo el partido estatal de un régimen autoritario. Fue más bien su máquina propagandística. Al dictador le faltó la decisión revolucionaria que era necesaria para introducir un nuevo régimen sobre las ruinas del antiguo, que él mismo había destruido con tanto éxito. Así, cuando, en enero de 1930, dimitió por una combinación de fracasos económicos y políticos y por la creciente oposición del Ejército, la derecha civilizada española estaba por completo desarraigada. Sería sustituida en los años siguientes por una derecha agresiva y antidemocrática, a cuyos fundamentos conceptuales y verbales la contribución de la Unión Patriótica no puede ser subestimada.

2.3 *La exaltación del jefe*

Primo de Rivera legó a esta derecha y al régimen de Franco todavía otros ingredientes. Ya hemos dicho que no fue sino en la Dictadura cuando aquel paranoico temor al comunismo fue absorbido de manera formal en las premisas de la derecha española para justificar un régimen autoritario y nacionalista. El dictador creía —y lo afirmó en una gran asamblea de la Unión Patriótica— que había construido un camino para Europa por el que otros pueblos tendrían que transitar; que había construido una muralla frente a las apertencias excesivas y las pasiones extremistas de grupos que estaban decididos a minar los fundamentos del orden social y de la sociedad cristiana. En alguna otra ocasión declaró que aquellos que empleaban el desorden y la violencia como medios de acción y los que tenían como meta el disolvente anarquismo y el comunismo tiránico permanecerían excluidos del *consensus* nacional.

Conforme a sus escritos oficiales, Primo de Rivera trabajaba duramente por la noche para proteger a España de tales demonios y para convertir a la Unión Patriótica en «la vanguardia europea» contra la amenaza que se cernía sobre la sociedad cristiana. Se anticipaba de ese modo al autonombramiento de Franco como «centinela de Occidente», frente a la amenaza del bolchevismo.

La Unión Patriótica organizaba paradas y ceremonias de homenaje a Primo

¹⁷ Véase *Unión Patriótica*, 15-VII-1927, 15-VII, 15-X-1928, 15-V-1929. Sobre la euforia nacionalista en torno al viaje de Ruiz de Alda, véanse la obra del propio Ruiz de Alda y Ramón Franco, *De Palos al Plata*, Madrid, 1926, y *Glorias de la raza*, Madrid, 1926. Véase también un reportaje eufórico sobre ello en *Amor Patrio. Periódico inspirado en el programa de la Unión Patriótica*, 5-IV-1927.

de Rivera para agradecerle su amor a la patria. Su imagen fue distribuida a todos los miembros del partido y se hizo una proposición para recompensarle con el título de «Príncipe de la Paz». Además de su trabajo oficial como primer ministro, la Unión Patriótica lo eligió presidente, y en un «plebiscito nacional» prefabricado (semejantes a los dos que luego haría Franco), su presencia en el gobierno fue aprobada por 7.506.468 votos. Una «democracia directa», falsa y pervertida era propuesta como sustituto del gobierno de los políticos de oficio y del «decadente» parlamentarismo¹⁸.

El primorriverismo también contuvo los gérmenes del culto a la personalidad. Los panegiristas del dictador apologizaban su figura en mítines y escritos. Las metáforas e imágenes empleadas cubrían toda la historia universal y toda la actividad humana. Se le presentaba como la personificación de los valores perfectos del humanismo, la justicia, la piedad, la cristiandad y el patriotismo. Se trataba, según ellos, de un hombre de excepcional talento, jefe «por naturaleza», un «padre de la patria» que trabajaba infatigablemente para que su pueblo pudiera disfrutar los placeres de la vida. «Españoles —llegó a exclamarse en algún escrito—, vuestro presidente vigila mientras vosotros dormís.»

En una serie de charlas que luego se publicaron bajo los auspicios del propio dictador, el capellán castrense Manuel Jover se refirió a él como al «salvador de la patria»: como al «cirujano de hierro» por el que Joaquín Costa suspiraba, que había surgido ahora para curar las enfermedades sociales y políticas de su país. Incluso la mitología clásica fue utilizada para describirlo como un «titánico» Júpiter luchador, como un gigantesco Cíclope de un solo ojo, forjado en los rayos de Zeus, o como un Atlas que, con sus robustos hombros, evitaba impertérrito el derrumbamiento del alto techo de su patria.

Se dijo que era un Cristo, un mago y un genio. No es sorprendente, pues, que no tuviera nada que temer de una comparación con las figuras más relevantes de la historia del mundo: se afirmó que aquello que Alejandro Magno llamaba su confianza, César su suerte y Napoleón su estrella, Primo de Rivera lo denominaba con más modestia y exactitud su ayuda divina: era en definitiva un hombre providencial.

Su calibre como jefe militar y como estadista era el de Aníbal, Napoleón y el Cid. La comparación con el último fue particularmente fortalecida porque ambos adquirieron su fama en la guerra contra los moros. De acuerdo con Napoleón —se advirtió—, partía de la opinión de que cualquier ley podía y debía ser violada cuando el destino de la patria se hallaba en peligro.

Para compensar al dictador por su devoción y servicios a la patria, se le otorgó la medalla del trabajo al terminar 1927; fue condecorado por la Unión Patriótica con una valiosa insignia de oro y diamantes; le fue regalado un bastón de mando con la joya mejor que pudo encontrarse, según se dijo; fue honrado, en fin, con el regalo de una casa (como César había recibido una *Domus Publica* parecida), en razón de que él no tenía dinero ni tiempo para

¹⁸ Véase *Unión Patriótica*, 1-X, 1-XI-1926, 15-I, 15-IX, 15-XI, 1-XII-1927, 1-I-1928. Véase también Revesz, *op. cit.*, págs. 89-98. Sobre el plebiscito, Archivo Romanones (en adelante, AR), leg. 2, núm. 28: *Plebiscito nacional*. Asimismo, FO/371/11.936: *De Gurney a Chamberlain*, 14-VII-1926.

ahorrarlo con vistas a cubrir las necesidades terrenales de su familia y de sí mismo¹⁹.

Tanto los panegiristas como los críticos hostiles reconocieron sus logros concretos: la pacificación del protectorado de Marruecos, el aniquilamiento del separatismo y del terrorismo y un cierto grado de prosperidad económica. Incluso aquel vuelo de los pilotos españoles a Sudamérica no fue sólo atribuido a la revitalización del hispanoamericanismo —*slogan* habitual en la propaganda nacionalista—, sino también presentado como una victoria científica de la «raza ibérica», que únicamente había sido posible bajo el gobierno regenerador de Primo de Rivera.

2.4 *El fracaso como sistema*

Los exaltados mantenedores de éste también usaron, sin embargo, estas victorias para justificar que ese gobierno fuera oportunamente dictatorial, a fin de que pudiera proscribir para siempre a los políticos corrompidos y al parlamentarismo «estéril». Y un recurso tan oportunista (que constituiría asimismo una justificación básica del franquismo) era peligroso. Convertía la Dictadura en una orgía de gastos combinada con un rígido control económico, dejando claro que dependía de su habilidad para mantener un razonable nivel de prosperidad y de satisfacción de productores y consumidores al tiempo. Para llevar a cabo este dinámico desarrollo y ese *boom* económico fue designado un gobierno de tecnócratas, que reemplazó al Directorio Militar en diciembre de 1925 y rigió el país hasta la caída de Primo de Rivera, en enero de 1930²⁰.

El principal desacierto del dictador consistió, sin embargo, en que fracasó en 1929 en la creación de un aparato político para sostener el primorriverismo cuando las perspectivas de la tecnocracia dieron signos de agotamiento y las economías se impusieron.

La Unión Patriótica no había llegado a ser el instrumento regenerador ni una auténtica maquinaria de gobierno, pese a que Primo de Rivera advirtió que era indispensable que en la mayoría de las ciudades y en los gobiernos provinciales las autoridades fuesen upetistas. La ausencia de una reacción espontánea por parte de la Unión Patriótica y del Somatén, ante el golpe anti-gubernamental que, en enero de 1929, encabezó el ex primer ministro Sánchez Guerra, sacudió la confianza del dictador en que la Unión Patriótica fuera su heredera política. La Unión Patriótica —había dicho— fue creada para

¹⁹ Como ejemplo de la vasta literatura panegírica, véanse Díaz-Retg, *op. cit.*, Cortés-Cabanillas, *op. cit.*; M. Jover Mirá, *La España inmortal*, Madrid, 1930; Pemartín, *op. cit.*; E. Tarduchy, *Psicología del dictador*, 2.ª ed., Madrid, 1930; Revesz, *op. cit.*, J. Capella, *La verdad de Primo de Rivera*, Madrid, 1933. Se cita en el texto el artículo de *Unión Patriótica*, 1-IV-1927. Sobre César, Cassius, 6, 44.

²⁰ Sobre los logros como justificación, véase, además de lo indicado en la nota anterior, M. Bueno, *España y la Monarquía*, Madrid, 1925, págs. 121 y sigs.; Calvo Sotelo, *op. cit.* Véase también Velarde Fuertes, *Política económica de la Dictadura*, Madrid, 1968. Véase una crítica hostil en F. Villanueva, *La Dictadura militar*, Madrid, 1930, pág. 185.

proveer a la nación de un órgano de gobierno. Ahora, desilusionado, declaró que había que hacer un alto en la marcha hacia la normalización²¹.

Tampoco la Asamblea Nacional, cuya formación anunció en septiembre de 1926, llegó a ser el germen de un nuevo régimen; aunque el rey la consideró un nuevo clavo en el ataúd de la Constitución de 1876. Como las Cortes de Franco, la Asamblea fue una Cámara corporativa, que constaba de representantes del Estado, de las provincias y de los municipios, así como delegados de diversas «actividades, clases y valores» y de la Unión Patriótica (equivalente al Movimiento en las Cortes de Franco). La idea era que, mientras constituyese una posible base para un sistema corporativo autoritario, evitara el riesgo de que el monarca y el pueblo fuesen abandonados sin el apoyo de una fuerte organización consultiva, compuesta de «figuras prominentes» a las que el rey pudiera consultar, cuando el gobierno cayese, y que asistieran a éste en sus tareas diarias.

Primo de Rivera afirmó que, al dejar de este modo parte de sus poderes, la Dictadura continuaba su evolución hacia la normalidad. Pero la verdad es que había una gran confusión respecto a la Asamblea. Aunque sólo fuera un cuerpo consultivo, fue llamado a preparar una nueva Constitución. Aunque se le negaba la posibilidad de derrotar al gobierno, era constantemente requerida para aprobar su política²².

El principal asunto que la Asamblea hubo de aprobar fue, sin embargo, la elaboración de la Constitución, esto es, la forja del nuevo régimen. El borrador que fue presentado al libre debate de la prensa, en julio de 1929, fue rechazado inmediatamente por los portavoces liberales, monárquicos y republicanos, como absolutista en su contenido y no democrático en su origen, en tanto la opinión pública lo trataba con indiferencia. Los principales elementos del futuro régimen, tal como aparecían en ese anteproyecto, eran unas Cortes, la mitad de las cuales habían de ser elegidas por sufragio universal y la otra mitad nombrada por el monarca y elegida sobre bases corporativistas. Un Consejo del Reino, compuesto de miembros elegidos y nominados también, actuaría como un cuerpo consultivo cerrado junto al rey.

Esta combinación de corporativismo y democracia controlada había de ser eventualmente un importante recurso de las Leyes Fundamentales de Franco. Pero Primo de Rivera formuló serias reservas. Ya en enero de 1928 lamentó la orientación «excesivamente monárquica» del Comité Constitucional. Y escribió a Gabriel Maura que uno de los errores de los viejos políticos consistió en permitir que el rey desempeñara una función demasiado importante. Primo de Rivera, que estaba impresionado por las objeciones que Mussolini puso al borrador, reforzó su oposición a las prerrogativas que concedía al rey, de quien pensaba —y dijo— que, al contrario que el cauto y sabio monarca italiano, tendía a actuar por su propia cuenta. Por tanto, su independencia de

²¹ Véanse *Unión Patriótica*, 15-XI-1927, 15-VI-1928, y Villanueva, *¿Qué ha pasado aquí?*, Madrid, 1930, págs. 60, 20-22.

²² Sobre el rey, véase FO/371/12.717: *De Rumbold a Chamberlain*, 1 y 14-IX-1927. El decreto de la Asamblea aparece citado por J. Pabón: *Cambó*, Barcelona, 1969, vol. II, parte I, pág. 537. Véase también *Intervenciones en la Asamblea Nacional del general Primo de Rivera*, Madrid, 1930.

acción debía de estar limitada. El dictador o fracasó a la hora de comprender o careció de la imaginación y la decisión revolucionaria para llevar a cabo la sugerencia implícita en las reservas de Mussolini: convertir al rey en una figura simbólica y representativa, al tiempo que él asumía las «excesivas prerrogativas» que la Constitución le garantizaba a aquél²³.

Cansado por su mala salud, por las dificultades económicas y por una oposición creciente, y embarazado por una Constitución que nadie quería realmente, al terminar 1929 Primo de Rivera no estaba en posición de responder al desafío de Mussolini: convertir su gobierno de interregno en un régimen permanente. Por el contrario, se embarcó en una confusa serie de intentos para arbitrar un final pacífico a su mandato. Primero aceptó el consejo del propio Mussolini de debatir la Constitución en el Parlamento; el Parlamento, le dijo *Duce*, era el vestido que uno tiene que usar para la *soirée* internacional. Luego pensó en un plebiscito. Y a mediados de diciembre renunció a ambos. Al acabar el mismo mes sugirió a Alfonso XIII que crearía un gobierno de transición en septiembre de 1930, para que, conservando la obra política de la Dictadura, la Unión Patriótica, el Somatén e incluso la Asamblea, devolvieran al país la normalidad constitucional. Este programa y una campaña para la reorganización de la Unión Patriótica, iniciada por Primo de Rivera en los comienzos de 1930, revelaron que el general estaba buscando desesperadamente un camino para salir del atolladero. Y su principal preocupación fue la de defender a sus colaboradores, tanto como a sus logros, de los futuros trastornos políticos. Pero el rechazo de este propósito por el rey, que fue la sentencia de muerte de la Dictadura, según Primo de Rivera y Calvo Sotelo, prepararon el camino para un programa más constitucional, aunque, por vincularlo a las despreciadas y «corrompidas elecciones, fuera inaceptable para el dictador, que estaba a punto de caer dejando todas las opciones intactas»²⁴.

3. La oposición parlamentaria

Primo de Rivera fue culpable de que la Monarquía liberal y constitucional no fuera capaz de llenar el vacío creado por su dimisión. Conforme a Unamuno, el dictador había suscitado «el fantasma del antiguo régimen» para

²³ Cfr. *Boletín de la Asamblea Nacional*, III (1929), págs. 1-136. Una crítica hostil, en *El Sol*, 6 a 30-VII-1929; *El Progreso*, 11 y 12-VII-1929; *El Socialista*, 9 a 14, 18, 24 y 28-VII-1929; *El Imparcial*, 9-16, 18 y 21-VII, 16-VIII-1929, 24-X-1929; *La Epoca*, 8, 10, 26 y 27-VII, 7-VIII-1929. Véase la visión de un republicano, en Martí Jara, *El rey y el pueblo*, Madrid, 1929. Para una crítica conservadora, *Marqués de Carvajal, ¿Cuál es el horizonte político de España*, Madrid, 1929, págs. 21 y sig., 209-213, 219-221. Sobre Primo de Rivera, Archivo Maura, leg. 86: *De Primo de Rivera a Gabriel Maura*, 21-I-1928; *I Documenti Diplomatici Italiani*. Settima serie: 1922-1935: *De Medici a Grandi*, 15-XI-1929, y *El Debate*, 13-IX-1929.

²⁴ Sobre el consejo de Mussolini, véase Calvo Sotelo, *op. cit.*, págs. 336 y sig. Acerca de los laberínticos intentos de hallar una salida, véanse *ibid.*, págs. 342-349, 351-354; E. Aunós, *Primo de Rivera, soldado y gobernante*, Madrid, 1944, págs. 184-187, 193-198; Primo de Rivera, en *Unión Patriótica*, 15-VIII, 15-XII-1929, 4-II-1930; *El Debate*, 16-XII-1929. Sobre la UP, véase *Unión Patriótica*, 18-I-1930.

justificar su presencia en el gobierno, con su orgía de implacables malos tratos a los políticos. Como afirmó *El Socialista*, «político» llegó a ser una palabra peor que «ladrón».

3.1 *Los partidos monárquicos*

Los nombres de los políticos fueron quitados de las calles; fueron denigrados en las notas oficiales del dictador y desprovistos de sus fortalezas políticas locales. Una circular a los gobernadores les ordenó explícitamente cesar a cualquier funcionario del Estado sospechoso de estar en relación «con políticos del antiguo régimen». Treinta y cuatro figuras prominentes, entre ellas Romanones, Sánchez Guerra y Sánchez de Toca, se vieron afectadas por un decreto de octubre de 1923, que previno a los ex ministros de conservar cargos en compañías públicas, despojándolos así del principal pilar de su influencia política y de su posición como dispensadores de dádivas. Cuando se les permitió hablar en público, como ocurrió con un aniversario de Cánovas, su tono hubo de ser de «exquisita cortesía»²⁵.

La falta de favor oficial condujo a los partidos dinásticos a un proceso de rápida disolución. Uno de sus seguidores escribía en cierta ocasión a Antonio Maura que aquél era un período de deserciones. Con García Prieto y Santiago Alba en brillante retraimiento, Romanones tuvo que contemplar la disolución del Partido Liberal. Aunque once ex ministros romanonistas se declararan colaboradores personales suyos, la verdad es que no tenía partido que dirigir. El veía a sus «amigos» sólo en los funerales, donde ellos se le presentaban como si acabaran de salir de un sótano al que hubieran sido enviados por el amo como trastos inútiles. Su colega Villanueva, a quien nadie seguía ahora, «salvo su sombra», tuvo que cancelar un mitin en recuerdo de Sagasta por la falta de participantes. Muchos habían desertado hacia los partidos republicanos o hacia la Unión Patriótica. Incluso en Guadalajara, el feudo privado de Romanones, la base del poder del Partido se veía seriamente minada por las nuevas autoridades.

En tales circunstancias no es extraño que la enérgica campaña que Romanones comenzó en 1925, clamando por la resurrección del liberalismo y por la restauración de la Constitución de 1876, fuera la de una voz clamando en el desierto. La reacción de los albigistas —el sector de Santiago Alba en el Partido Liberal—, que zozobraron fuertemente al ser interceptada su correspondencia, cerrados sus centros y suspendido frecuentemente su órgano, *El Norte de Castilla*, reflejó la cólera que había en los círculos liberales contra el rey, a quien identificaron con el gobierno arbitrario del dictador. Rehusaron jugar el papel de Romanones para consolidar la Monarquía, contra la que ellos dijeron tener «una cuenta pendiente»²⁶.

²⁵ Cfr. Archivo Unamuno: *Pérez de Ayala a Unamuno*, 17-XII-1925; *El Socialista*, 4-X-1923, 12-I, 26-III-1924; la circular aludida, en el Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), sección de Gobernación, serie A, leg. 45: 2-XI-1923, núm. 33. Sobre las compañías, FO/371/9.490: *Howard a Curzon*, 9-XI-1923, y *The Times*, 15-X-1923. Sobre las apariciones en público, *ibid.*, 1-XI-1924, 19-I-1926 y 7-III-1928.

²⁶ Cfr. Archivo Maura: *Blas Aguilar a Antonio Maura*, 10-IV-1924. Sobre el romanismo, AR, leg. 89, núm. 8, un artículo censurado en *La Voz Valenciana*. Cita a Roma-

Tampoco el Partido Conservador escapó de la crisis de confianza y del proceso de desbandada. Miembros del Partido que aplaudieron la política de «ley y orden» del nuevo régimen fueron premiados con «enchufes». En Huelva, esta inclinación causó la disolución virtual de la célula local, mientras los seguidores de La Cierva basculaban hacia una decidida colaboración. De hecho, el resquebrajamiento del Partido fue evidente al comenzar 1925, cuando se dijo a Sánchez Guerra que estaba violando el carácter conservador del grupo por su política de acercamiento a la izquierda. Esta «crisis del sentimiento conservador», como Ossorio y Gallardo la llamó, reflejaba un creciente apartamiento de la Monarquía alfonsina y una duda respecto de los procedimientos democráticos.

Y la posición conservadora fue minada aún más cuando miembros prominentes del Partido se convirtieron en líderes del movimiento constitucional, aceptando la complicidad del rey en institucionalizar la Dictadura y respaldando constantemente sus medidas. Fue, en concreto, la protesta de Sánchez Guerra en 1927 contra la Asamblea sobre asuntos democráticos y constitucionales lo que originó el bloque constitucional que se formó bajo el liderazgo del ex conservador Burgos y Mazo. Sus miembros estuvieron activos tanto en el golpe abortado de enero de 1929 como en el que dirigió el general Goded en enero de 1930. En ambos casos presionaron en pro de una reforma de la Constitución de 1876 y a favor de un veredicto sobre las responsabilidades del rey. Eventualmente, esta vía había de convertirse en una piedra clave de la propaganda republicana. Y Lerroux apelaría más tarde a la izquierda para que apoyara a esos constitucionales, como «un paso hacia la República». Por su parte, los conservadores ortodoxos permanecieron identificados, bajo el liderazgo de Bugallal y de La Cierva, con una decadente Monarquía y con sus nada democráticos procedimientos, e incluso privados del esqueleto de una organización²⁷.

El impacto de la Dictadura sobre otros grupos monárquicos no fue en manera alguna más edificante. Una abrumadora mayoría de mauristas acla-

nes Amadeu Hurtado, *Quaranta anys d'advocat*, Barcelona, 1964, vol. II, pág. 220. Sobre Villanueva, véase *Belmonte a Romanones*, 13-VI-1925, en AR, leg. 28, núm. 35. Sobre UP y los republicanos, véanse *ibid.*, y FO/371/9.490: *Howard a Curzon*, 22-XI-1923, así como *El Progreso*, 1 y 28-V-1929. Sobre Guadalajara, véase AR, leg. 63, núm. 63: *Víctor Felipe Serrano a Primo de Rivera*, 5-XII-1923. Sobre la campaña, véanse Archivo Santiago Alba: *Gómez Díaz a Alba*, 30-III-1925, y *El Sol*, 28-II y 4-III-1925. Sobre los albigistas, véanse *Hojas Libres*, 1-V-1927; *La Voz Valenciana*, 17-II-1930, y J. Altabella, «*El Norte de Castilla*» en su marco periodístico (1864-1965), Madrid, 1966, págs. 120 y sig., 154 y sig., 157.

²⁷ Véase Marqués de Carvajal, *op. cit.*, págs. 206-209; *El Socialista*, 3-IV-1923; Burgos y Mazo y Bugallal, en AR, legs. 28 y 75, núms. 27 y 6; J. de la Cierva, *Notas de mi vida*, Madrid, 1925, págs. 298-300, 305. Sobre Sánchez Guerra, véanse *El Sol*, 28-II-1925, y su obra *Al servicio de España. Un manifiesto y un discurso*, Madrid, 1930; Ossorio y Gallardo, *Una crisis del sentido conservador*, Madrid, 1925. Sobre los constitucionalistas, véanse *Hojas Libres*, octubre 1927; Burgos y Mazo, *La Dictadura y los constitucionalistas*, Madrid, 1935, vol. II, págs. 18-21, 168-194; vol. III, 10-12. Véase también su *Manifiesto del Partido Constitucionalista al país*, en AR, leg. 28, núm. 43. Lerroux, en *El Socialista*, 14-V-1930. Sobre la introducción del bugallismo, *La Epoca*, 30-I-1930, y *El Progreso*, 14-XII-1929.

maron el nuevo régimen, recibieron cargos en su aparato administrativo y llenaron las filas de la Unión Patriótica. Sin embargo, cuando Antonio Maura se dio cuenta de que ésa no era su ansiada «revolución desde arriba», exhortó a sus discípulos a separarse de las nuevas instituciones, introduciendo así la confusión y la desbandada en sus huestes.

Tampoco la Lliga disfrutó una suerte mejor. Actuó en condiciones ilegales, sus centros fueron disueltos y sus líderes perseguidos. Además, la persecución del catalanismo provocó para ella una pérdida de terreno en favor de planteamientos más separatistas y republicanos para Cataluña. Al comenzar 1930, la propia Lliga basculó hacia una posición casi accidentalista respecto a la forma de gobierno. Y uno de sus dirigentes, Vallés i Pujals, llegó a afirmar que el noventa por ciento de sus colegas se habían hecho republicanos.

En verdad, en 1930 Alfonso XIII no podía esperar seriamente de los viejos partidos la salvación de su incierta Corona. La causa de la Monarquía liberal constitucional había sido drásticamente socavada²⁸.

3.2 Los partidos republicanos

En cambio, el republicanismo, inconscientemente estimulado por la Dictadura, se aproximaba a su mejor hora. Lo que Romanones consideraba, en una carta al monarca, el «divorcio entre la opinión general y la Corona» fue explotado por los republicanos para reforzar sus organizaciones, para airear sus viejas doctrinas y para convertir el antimonarquismo en una manifestación republicana de poder. El periódico mensual, clandestino y republicano, *Hojas Libres*, tenía una tirada de millares de ejemplares; se estableció una red de panfletos subterráneos, mientras la prensa legal republicana lanzaba ataques contra la Monarquía, so capa de artículos «teóricos», y cuestionaba la inmunidad de los jefes de Estado en el ámbito judicial.

Pero los sentimientos republicanos cristalizaron firmemente en 1929 en torno al debate público sobre la Constitución. La Constitución propuesta por *El Sol* y la polémica que ello suscitó tuvieron una clara tendencia izquierdista, mientras los más de quienes intervinieron en la discusión de la ponencia de Roig Ibáñez sobre «la Constitución que España necesita» (un programa para la transición del absolutismo a la República), en la Academia de Jurisprudencia, expresaron ideas republicanas. Muchos personajes de los Partidos Liberal y Reformista se habían inclinado hacia el republicanismo ya al acabar 1923. Y en 1928-1929 había una moda de «pasarse» a la república, incluso en zonas tradicionalmente leales a la Monarquía.

Una efervescencia republicana estaba desenvolviéndose. Algunos, como

²⁸ Sobre los mauristas, véanse *La Epoca*, 30-X-1930; Lerroux, *op. cit.*, págs. 259 y sigs.; G. Maura, *Bosquejo histórico de la Dictadura*, Madrid, 1930, págs. 54 y sig. 82-85, 106 y sig.; Archivo Maura, leg. 322: *Antonio Maura a Adolfo Rodríguez*, 4-X-1924, y *Luis de los Terreros a Antonio Maura*, 2-X-1924. Sobre la Lliga, además de lo ya citado, véanse Hurtado, *op. cit.*, II, pág. 225; *The Times*, 12-XI-1925; *El Imparcial*, 27-III-1930; *ABC*, 6-VII-1930 (Vallés i Pujals); *La Vanguardia*, 3-V-1930 (Teixidor Comes), y *El Sol*, 21-VI-1930 (Ventosa i Calvell).

el albista Antonio Zozaya, dijeron que se trataba de la conciencia de que la justicia y el progreso eran incompatibles con el gobierno de un dictador y con «un rey perjuro». Otros, como Maura y la infanta Eulalia apuntaron, tenían «una fe milagrosa» en «algo nuevo». Lo que el monárquico Alcalá-Galiano denominaba «una pérdida de afecto a la Monarquía» era reconocido por el propio Primo de Rivera como «una creciente opinión republicana»; fenómeno que también lamentaba *El Imparcial*²⁹.

Era asimismo la dignidad humana y civil de la *intelligentsia* liberal, pisoteada por el gobierno arbitrario de Primo de Rivera y por sus vulgares notas oficiales, lo que estimuló una espectacular floración de fidelidades republicanas en las Universidades españolas. El dictador no sólo fracasó en conseguir el apoyo de los intelectuales, sino que además hizo mártires a algunos de sus principales figuras, provocando así una rebelión estudiantil de amplitud nacional. El exilio de Unamuno en 1924 provocó una «enorme excitación» y movió a la Unión Liberal de Estudiantes (ULC) a la acción política. «Abajo el rey» y «viva la República» llegaron a ser *slogans* generalizados en sus manifestaciones. Incitados por escritos de Unamuno y por Marañón a la «reacción liberal», impidieron la celebración de una reunión oficial en el *campus* universitario.

El abortado intento del dictador de absorber estudiantes militantes en la Unión Patriótica indicó hasta qué extremo se estaban convirtiendo en una molestia para él. Por otra parte, la fundación de la Federación Universitaria Española (FUE) en enero de 1927 extendió la protesta por todo el país, convirtiendo a los estudiantes republicanos en fuerza predominante en casi todas las Universidades, al tiempo en que incluso profesores mauristas y conservadores apoyaban una manifestación de antimonarquismo en el claustro de la Universidad de Madrid, al rechazar una moción para dar el grado de doctor *honoris causa* al rey.

En marzo de 1928, la FUE organizó su primera huelga, y, un año más tarde, la mayoría de las Universidades del país fueron a la huelga también para protestar contra un decreto (el debatido «artículo 53») que permitía a los centros católicos otorgar grados académicos. Las demostraciones callejeras llegaron a ser un lugar común en muchas ciudades; edificios monárquicos, incluido el Palacio Real, fueron apedreados, y apareció un sinnúmero de panfletos que ridiculizaban a «Alfonso el Africano» y a su «tirano» colaborador, «el general borracho». Cuando el dictador decretó la clausura de todas las Universidades del Estado, tuvo que enfrentarse a una protesta organizada por

²⁹ Cfr. *Romanones al rey* (s. d.), en AR, leg. 63, núm. 31. Véase ejemplares de una amplia literatura clandestina en la Hemeroteca Municipal de Madrid (HMM), A/1.711, A/1.723, A/1.730. Un artículo teórico, en *El Presidencialista*, mayo de 1928. También, Roig Ibáñez, *La Constitución que precisa España*, Madrid, 1929, 241-253; *El Sol*, 23, 26, 27-III, 2, 3, 9-IV-1929. Sobre los cambios políticos de posición, véase FO/371/9.490: *Howard a Curzon*, 20-IX, 22-XI-1923, refiriéndose a conversaciones con Romanones. Véanse también E. Fite, *Política republicana*, Barcelona, 1924, pág. 251, y *El Republicano* (Rosario de Santa Fe), 5-IX-1928; *Antonio Zozaya a Alba*, 23-VII-1923, en Archivo Alba; Maura, *op. cit.*, págs. 235 y sig., 377; E. de Borbón, *Memorias*, Barcelona, s. d., págs. 251 y sigs.; Alcalá Galiano, *The Fall of a Throne*, Londres, 1933, pág. 22; Primo de Rivera, en *El Socialista*, 14-III-1929, y *El Imparcial*, 5-IX-1929.

cuarenta intelectuales prominentes, entre ellos Menéndez Pidal y Ortega y Gasset, algunos de los cuales dejaron sus cátedras en señal de protesta. Al cabo, la agitación obligó a Primo de Rivera a capitular: ordenó la reapertura de los centros, suspendió el artículo 53 y soltó a los estudiantes presos. Los disturbios, sin embargo, continuaron. Y cuando Primo de Rivera dimitió, los gritos estudiantiles todavía resonaban en sus oídos. «El regenerador de España» había fracasado en dar a su gobierno siquiera una parodia de aquiescencia juvenil, como advirtió López-Rey, líder de la FUE. Para éste, como para muchos de sus colegas, la República era «la única salida»: el repudio de «los valores tradicionales» y la anhelada orientación hacia la democracia³⁰.

Durante la Dictadura, por otra parte, y especialmente en su último año, las organizaciones republicanas se esforzaron en defender y ampliar su estructura y en revisar sus viejas doctrinas. Lo hacían para ponerse en situación de absorber, cuando cayera el inseguro régimen de Primo de Rivera, lo que Pérez de Ayala llamaba la ideología y los sentimientos republicanos difundidos a lo largo del país. Tomaron parte en todas las conspiraciones contra la Dictadura, ninguna de las cuales expulsó al dictador, pero todas las cuales ayudaron a mantener «el fuego sagrado» en muchos corazones, evitando deserciones y rejuveneciendo el ánimo de los republicanos veteranos. Los más de los libelos contra la Dictadura y la Monarquía fueron también empresa republicana. La obra *Alfonso XIII desenmascarado*, de Blasco Ibáñez, llevó a la Monarquía a una posición defensiva y la obligó a alegar «una campaña internacional contra España»³¹.

Sin embargo, el principal esfuerzo republicano fue organizativo. En febrero de 1926 fue fundada Alianza Republicana, por acuerdo de 450 centros, que declaraban una afiliación de 100.000 individuos. La inmediata y entusiástica conmemoración del aniversario de la I República alarmó al gobernador de Barcelona: era un movimiento imprevisto de fraternidad republicana y de odio a la Dictadura, afirmó.

La Alianza incorporó a su plataforma reivindicaciones sociales y económicas propias de programas «modernos», anticipando así el gran esfuerzo que comenzó al mediar 1929 para reconvertir los «centros» en «modernos

³⁰ Cfr. Archivo Unamuno: *Prieto a Unamuno*, 20-II-1924, y *Eduardo Ortega a Unamuno*, 31-X-1925; E. González López, *El espíritu universitario*, Madrid, 1931; López-Rey, *Los estudiantes frente a la Dictadura*, Madrid, 1930; una entrevista con Sbert, en *Nueva España*, 18-X-1930; D. Jato, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1953, pág. 33; A. Gascón, *Los hombres que trajeron la República. Los estudiantes*, Madrid, s. a.; *Hojas Libres*, mayo 1927, marzo 1928; *El Sol*, 10 y 15-III, 2-IV-1929; *La Vanguardia*, 13, 23-III, 14-IV-1929; véanse también los manifiestos clandestinos en AR, leg. 63, núms. 53 y 49; leg. 2, núm. 44, y en el Museo Británico, 1865c19(98), una colección de folletos contra «La Monarquía», 17-V-1929. Sobre la cuestión del modernismo y un ataque de los valores tradicionales, véanse también *Jiménez de Asúa, Juventud. Conferencia de Jiménez de Asúa y réplica de José López-Rey*, Madrid, 1929, y *El Sol*, 7, 9, 24-I-1930.

³¹ Cfr. Pérez de Ayala, *Escritos políticos*, Madrid, 1937, pág. 217; Villanueva, *op. cit.*, pág. 67; Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, Madrid, 1930. (Hay una reedición reciente.) Sobre la campaña de libelos, véanse Blasco Ibáñez, *op. cit.*; *España*, 18-XI-1929, y *España con honra*, en AR, leg. 2, núm. 47; sobre la respuesta de la Monarquía, *La Monarquía*, 20 y 27-XII-1924, y A. Grijalba, *Los enemigos del rey*, Madrid, 1924.

partidos de masas». Fue en julio de 1929 el mes que presencié el despertar del republicanismo en España, siguiendo la moderada restauración de las libertades públicas, cuando Marcelino Domingo y Alvaro de Albornoz empezaron a organizar su Partido Republicano Radical Socialista, confiando en hacer de él un gran partido, al que los trabajadores pudieran sumarse. Consecuentemente, adoptaron un léxico revolucionario y una manifiesta apertura hacia el «obrerismo»; apertura que, con la caída de Primo de Rivera, había de tener amplias perspectivas de éxito.

Incluso en el Partido Radical, donde Lerroux había impuesto una tendencia general moderada y conservadora, 1929 fue un año de espectacular reorganización y de «ventilación doctrinal», que se esforzaba en capitalizar los errores económicos, sociales y políticos del primorriverismo. En este fondo de efervescencia republicana, y por lo que Lerroux llamó el reforzamiento del sentido de ciudadanía, tras la supresión de los derechos individuales por el dictador, muchos grupos republicanos autónomos, estimulados por el deseo de multiplicar su eficacia individual, emergían y renovaban sus actividades en los momentos finales de la Dictadura.

Entre ellos estaban la Unión Republicana Autonomista de Valencia, la Acció Catalana, la Acció Republicana y el Estat Català (los tres últimos con base en Cataluña, donde el separatismo, como Romanones advirtió, estaba convirtiéndose en una manifestación de antimonarquismo tanto como una protesta contra la Dictadura).

La onda republicana a través del país no fue siempre un movimiento positivo. Pero lo cierto es que, fuera por consideraciones regionalistas, por sentimientos antialfonsinos o antiprimorriveristas o por un republicanismo profundamente arraigado, la demanda creciente de la República estaba manifestándose cuando la Dictadura cesó. Y había de alcanzar su punto álgido en el año siguiente³².

3.3 Socialismo y sindicalismo

La principal contribución de Primo de Rivera a la creación de una alternativa liberal a su régimen fue la relación especial que estableció con el movimiento socialista: una relación que realizó su poder y fortaleció su organización. Motivado por un deseo nada sofisticado de conseguir un equilibrio

³² Cfr. *Alianza Republicana. El 11 de febrero de 1926*, Madrid, 1926. *El gobernador*, en AHN, leg. 45, núm. 437, 18-VIII-1926. Véase *El manifiesto de la Alianza*, en HMM, A/1.690, y un debate en *El Sol*, 3, 4, 15 y 26-IV-1926. Sobre el PRRS, véase *El Progreso*, 19, 26, 28 y 31-VII, 4 y 5-IX-1929; *El Diluvio*, 1-VIII-1929, y su *Manifiesto a la democracia republicana*, diciembre 1929, en HMM, A/1.674. Sobre los radicales, véase una considerable información en *El Progreso*, julio a diciembre 1929; Archivo de Salamanca, leg. 39; *Lerroux a Pareja Yébenes*, s. d.; sobre Valencia, *El Progreso*, 8-I-1930, y *La Nueva España*, 1-III-1930. Romanones, citado en FO/371/11.936: *Rumbold a Chamberlain*, 7-IV-1926. Sobre el republicanismo catalán, J. Aiguader, *Cataluña en la revolución*, Madrid, 1932; J. Bofill i Mates, *Una política catalanista*, Barcelona, 1933. Véase asimismo *El Progreso*, 18-VIII-1929, 25-IX-1929 (con la confesión de republicanismo de D'Olwers) y 30-I-1930.

cristiano y justo entre los que tenían y los que no, como entonces se dijo, el dictador estuvo determinado a llevar al socialismo a un *modus vivendi* con el Estado, tanto porque eso aislaría al violento anarcosindicalismo como porque consideraba a aquél un elemento «responsable», que podía ayudarle a llevar al país al progreso económico —la principal aspiración del régimen— sin interrupciones de violencia y huelgas. Convocados por el dictador a ser esencialmente reformistas, los socialistas se adaptaron fácilmente a la nueva situación. Sus representantes encontraron puestos en mucha de las instituciones de relaciones sociales y laborales que estableció la extensa legislación del ministro de Trabajo, Aunós. Largo Caballero llegó a ocupar una plaza en el Consejo de Estado, que era una corporación de naturaleza política.

Esto había de levantar una amarga polémica dentro del movimiento socialista, cuando Prieto, Fernando de los Ríos, Teodomiro Menéndez y sus seguidores atacaron la política «colaboracionista» en conjunto. Pero, durante la Dictadura, los defensores del colaboracionismo predominaron ³³.

El clima de la política de Aunós, y el principal logro a juicio de los socialistas, fue la Organización Corporativa del Trabajo, establecida en noviembre de 1926 para dirimir los conflictos laborales y la legislación social por medio de comisiones mixtas, los Comités Paritarios, que formaban trabajadores y patronos a nivel local, regional y nacional.

Los Comités tendieron a decidir en favor de los obreros, sobre todo gracias a la intervención del respectivo delegado del Gobierno en cada uno de ellos. Y, además, los patronos fueron los únicos que cargaron con la financiación de esos organismos. Ellos no podían sino aceptar sus decisiones, en tanto los trabajadores podían siempre ir a la huelga, como en alguna ocasión hicieron.

Aquéllos protestaron del carácter legislativo que se dio a las decisiones de los Comités. Pero todas sus presiones para reformar el sistema fueron rechazadas por Aunós.

Por otra parte, los socialistas consiguieron la parte del león en la representación de los obreros en la Organización Corporativa; porque los sindicatos anarcosindicalistas habían sido disueltos o rechazaban la idea del arbitraje e incluso los sindicatos católicos eran discriminados.

Muchos trabajadores de las grandes ciudades se afiliaron a la UGT para poder estar representados en los Comités Partitarios. Y, bajo el pretexto de difundir la idea de lo que eran los propios Comités entre los obreros, hubo un espectacular incremento de la propaganda socialista, contribuyendo a la consolidación y ampliación de sus agrupaciones. Era sorprendente, si se compara con las frecuentes restricciones que se habían impuesto a la propaganda socialista antes del establecimiento de los Comités. Pero lo cierto es que la UGT creció de 210.977 afiliados en 1.275 secciones en 1923 a 228.501 afiliados en 1.511 secciones en 1929. Y el incremento del número de trabajadores urbanos es más

³³ Sobre la filosofía social de Primo de Rivera, véanse los lugares citados *supra*; también sobre la colaboración de los socialistas, E. Santiago, *La UGT ante la revolución*, Madrid, 1932, págs. 39-44; M. Cordero, *Los socialistas y la revolución*, Madrid, 1932, págs. 75-77; Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, 1954, págs. 91-94. Sobre lo mismo, véase un reportaje del Congreso socialista de 1928, en *El Socialista*, 1, 3, 5 y 10-VII-1928.

llamativo, si pensamos que 15.000 obreros rurales abandonaron la sindical durante el mismo período.

Esta última deserción fue resultado del predominio de los sindicatos católicos en las áreas rurales y de su éxito en impedir el establecimiento de Comités Partitarios agrícolas.

El crecimiento del PSOE —ya una irresistible organización urbana— fue relativamente más alto que el de los sindicatos. Cabe argüir que Primo de Rivera marginó a los empresarios de las ciudades al tiempo que preservaba cuidadosamente los intereses de sus colegas rurales³⁴.

En tales circunstancias, hubo de ser un serio revés para el dictador, y probablemente el golpe más crucial de cuantos recibió, que los socialistas rechazaran terminantemente su invitación para participar en la Asamblea en agosto de 1929. Los acusó de actuar como «políticos» más que como representantes de los trabajadores. Y *La Vanguardia* juzgó la decisión de los socialistas como una «rebelión revolucionaria».

El resentimiento general contra la Constitución antidemocrática de la Asamblea y las crecientes dificultades del régimen, que se bamboleaba entonces por el también creciente descontento del Ejército, por la rebelión de Sánchez Guerra y los intelectuales y por el retraimiento de los políticos, debió convencer a los socialistas de que debían disociarse de la Dictadura.

Además, el elemento más atractivo del gobierno de Primo de Rivera, la prosperidad económica, había sufrido un revés con la depreciación de la peseta y las economías presupuestarias. Así que el mismo planteamiento oportunista que había originado la política de colaboración aconsejó ahora su desaparición definitiva.

Esta ruptura con la Dictadura, por otra parte, coincidió con una conciencia, en aumento entre los líderes socialistas, de la necesidad de convertir el movimiento en una genuina alternativa política al presente régimen. Esta había sido la razón de la idea de Largo Caballero de crear una «unión orgánica» entre la UGT y el PSOE. Ahora, mediado 1929, él mismo argüía que una acción exclusivamente sindical era inadecuada para la satisfacción de las aspiraciones socialistas, que sólo una «acción política» podía colmar. Una alianza UGT-PSOE capacitaría a la clase trabajadora para consolidar sus ganancias materiales por medio de la acción parlamentaria o por un gobierno propiamente socialista. Aunque los propósitos de Largo Caballero no se materializaron, el boicot político contra el dictador y la solidez de la organización socialista habían de asegurarles una posición dirigente en los futuros acontecimientos políticos.

³⁴ Cfr. Aunós, *La reforma corporativa del Estado*, Madrid, 1935, págs. 129-139; Giuseppe Bottai, *Esperienza corporativa*, Roma, 1929, págs. 419-430; *Boletín del Sindicato Católico de Tipógrafos y Similares*, noviembre 1928. Sobre el resentimiento de los empresarios y la actitud impertérrita de Aunós, véanse *Industria*, diciembre 1926 y octubre 1928; *España Comercial*, julio 1928; *La Turbina*, marzo 1929; *Boletín de la UGT*, marzo 1929. Sobre los datos de la UGT, Santiago, *op. cit.*, pág. 45; *Anuario Estadístico. 1931. El Dependiente Español*, septiembre 1928. El incremento del PSOE, 1924 = 5.400; 1925 = 8.555; 1929 = 12.757: véase *El Socialista*, 9-IV-1925, 1-I-1926, 18-IX-1930. Sobre sus actividades, AHN, leg. 45, circulares 142, 278, 9-III y 14-IV-1926; leg. 50, núm. 741, 1.063, 24-IV-1924, 28-IV-1925; núm. 4.342, 4.354, 4.363, 7 y 8-X-1928.

La posición de Primo de Rivera fue gravemente socavada por este cambio de orientación de la socialdemocracia española³⁵.

4. LA DIMISION

Se puede, por tanto, concluir que los ataques de la izquierda, generalmente olvidados, tuvieron tanta importancia en la caída de la Dictadura, por lo menos, como lo que Carr denomina con precisión la retirada del apoyo de la derecha³⁶. El comienzo de la II República, catorce meses después, obedeció en gran parte a esta movilización izquierdista de los últimos meses de la Dictadura. La creciente oposición de la izquierda y la «abstención» de la derecha ante las dificultades del dictador, combinadas con el fracaso de sus esquemas constitucionales, condenaron el régimen.

La caída del dictador fue debida principalmente a la incertidumbre política, agravada por dificultades económicas en los últimos meses de existencia del régimen. Todo ello provocó una aguda caída de los precios en los principales mercados de España y una rápida depreciación de la peseta, que, consecuentemente, forzó al régimen a llevar una política de economías. Esta nueva política se reflejó en la suspensión del inflacionista «presupuesto extraordinario» que, en los últimos años, había financiado un gran programa de obras públicas que creó oportunidades de empleo y una atmósfera de prosperidad³⁷.

Enfrentado a una aguda crisis política y a una crisis de confianza en los círculos económicos, el dictador apeló al Ejército, sólo para descubrir que sus colegas generales sólo lo apoyarían mientras disfrutase del favor del rey. La reacción de los generales reveló con claridad el deseo de los militares de huir de una dañosa identificación con una dictadura desacreditada y de restablecer en las fuerzas armadas la unidad que había minado el arbitrario control de los ascensos por Primo de Rivera.

De todas formas, ver la «abstención» de los generales como un hecho decisivo en la dimisión del dictador constituiría una minimización de las dificultades políticas con que se enfrentaba el declinante régimen y un olvido de la reacción civil provocada por su gobierno. Primo de Rivera nunca había disfrutado un apoyo unánime del Ejército ni él había sido «hecho», como frecuentemente argumentaba, por sus colegas generales exclusivamente. El era producto de una atmósfera de fatiga en los círculos civiles, ante un sistema político concreto, más que el campeón de los intereses militares. El día de su

³⁵ Sobre el boicot, véanse el *Boletín de la UGT*, agosto 1929, y F. Villanueva, *El momento constitucional*, Madrid, 1929, págs. 54-80; *La Vanguardia*, 18-VIII-1929. Sobre el intento de unir UGT-PSOE, *Boletín de la UGT*, enero y octubre 1929. Sobre el rechazo de la Constitución, *El Socialista*, 9-14, 18, 24 y 28-VII-1929.

³⁶ Cfr. Carr, *op. cit.*, pág. 587.

³⁷ Cfr. Calvo Sotelo, *op. cit.*, págs. 286 y sig.; *Boletín del Banco Urquijo*, noviembre y diciembre 1929, enero 1930; *ABC*, 29-XII-1929. La crisis económica en España no fue catastrófica como en otros países: véanse datos en *Anuario Estadístico. 1929*; *El Financiero*, núm. extraordinario dedicado a 1929; *Department of Overseas. Economic conditions in Spain* (Londres), junio 1930, y *The Economist* 28-XII-1929.

dimisión era un luchador solitario que esperaba con ansiedad que el *deus ex machina*, el rey, le sacara de su desesperada situación. Y cuando, en el ocaso de su régimen, apeló a los generales, era ya un hombre vencido al que aquéllos dieron tan sólo el golpe de gracia. El monarca estaba entonces buscando una solución que le devolviera a un sólido terreno constitucional. Y no tuvo inconveniente en despedir al dictador. El paso de éste por la política española, sin embargo, había tenido ya efectos devastadores para la causa de la Monarquía. Un año más tarde, en medio de la euforia republicana, también ella seguiría a Primo de Rivera, camino del olvido³⁸.

[Traducción de José Andrés-Gallego]

³⁸ Véase Carr, *op. cit.*, pág. 584, donde insiste en la función del Ejército. Sobre el Ejército bajo Primo de Rivera, véase Stanley Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, págs. 208-255. (Hay traduc. castellana.) Sobre la activa participación en el golpe de Estado, véase López de Ochoa, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1930, págs. 24-32. Sobre la reacción de los generales, véase Milego, *op. cit.*, págs. 97-101.